

## CAPÍTULO VI.

## EL TERROR.

Melchor no se atrevió á turbar el sueño de Santiaguillo, para decirle cuanto pasaba en torno suyo. Pero se levantó muy temprano y se dirigió á la posada, con gran diligencia, en demanda de su amigo. Hallábase á la puerta éste ahechando cebada, y al verle, descubrióle pronto en el rostro que iba por allí á darle una pesadumbre.

—¡Melchor!

—¡Santiago!

—¿Qué te trae por aquí?

—Mi deseo de salvarte.

—Ya estamos en esas.

—¡Mira!

—¿Qué?

—Estás perdido.

—Habla.

—Déjame respirar.

—Acaba.

—Voy.

—Dí.

—El conde...

—Siempre con las tuyas.

—Si no fuera por lo mucho que desde tu niñez amo tu maldecida persona, ibame ahora mismo, y dejaba tu alma en manos de todos los demonios.

—No te ofendas, Melchor.

—¿No he de ofenderme, cuando te digo los peligros que corres y me contestas con las salidas que ves?

—Despacha, hombre, despacha.

—El conde ha visto á Catalina.

—Y, ¿qué?

—¡Oh, pregunta estóica y fría!

—¿Qué? Repito.

—Que la desea.

—¿Cómo que la desea?

—Pues, deseándola.

—Melchor, no tientes mi paciencia.

—Tiene gracia.

—¡Oh!

Y Santiaguillo rugió, como una fiera herida en el bosque.

—Te lo he dicho.

- No puedo creerlo.
- Cualquiera diría que habías nacido en la luna, cuando así desconoces la naturaleza del potentado alemán, peor, cien veces peor que las fieras.
- Pues á mis manos morirá, si tal osa.
- Osará...
- Pues me comeré sus hígados.
- Así, cuitados, sois. No tenéis idea del mal sino cuando llega, ó bien á tocaros muy de cerca, ó bien á heriros muy hondo.
- ¡Malvado!
- Te lo dije.
- Calla, Melchor, que me atormentas por igual con tus malicias y tus reconvenciones.
- Si te hubieras decidido á tiempo, quemaras el castillo y consumieras dentro al castellano, en vez de sucederte, cual te sucede ahora, infeliz, próximo, sí, muy próximo á que el señor te queme la sangre y te birle la novia.
- Eso, jamás.
- Más fácilmente podrías librarte del cetro de la muerte, que del cetro de la tiranía.
- Yo le arrancaré la vida.
- Cosa fácil de decir ahora; pero imposible de realizar jamás.

- ¿Por qué no?
- Porque no.
- Pues, ¿no he leído yo la historia de nuestros vecinos los helvecios y no he visto en ella la figura de Guillermo Tell?
- Mas, ¿qué hubiera hecho Guillermo Tell, solo?
- La flecha traspasó al tirano.
- Pero su flecha no hubiera concluido con la tiranía.
- ¿Qué dices?
- Para eso necesitó de sus correligionarios, de sus colaboradores, de sus cooparticipes, de sus conciudadanos, de la revolución universal suiza.
- Y ¿qué hacer?
- Irte.
- Yo no puedo irme sin llevármela.
- Pues, llévatela.
- Yo no puede llevármela, sin casarme.
- ¡Oh! ¡Oh!
- ¿Qué quieres decir con esas exclamaciones?
- Pues quiero decir que no te deja tiempo de casarte.
- ¿Cómo?
- Antes de tu casamiento el milano se arroja sobre su presa.

—Y sin casarme no puedo llevármela, porque su padre no lo permitiría.

—Vete donde está el Profeta y cástate, con arreglo á sus ritos; pero huye pronto.

—No puede ser.

—¿Por qué?

—Porque no admite tales ritos el padre de Catalina.

—¡Oh! La superstición mata siempre á toda esta pobre gente, cuya sencillez resulta, en último término, el mayor de todos sus enemigos.

—Luego...

—Habla, Habla.

—Luego...

—¡Abandonar la posada!

—¿Qué quieres?

—Renunciar á todas nuestras comodidades.

—Para eso naciste siervo, para pasar á hombre. La bellota se torna encina, pudriéndose por necesidad primero, y trocándose luego en raíces y tallos. No pasarás á la libertad por los caminos llanos de la satisfacción y del placer, sino por los ásperos del combate y del martirio.

—¡Oh, pena!

—Mas, ¿no ves cómo todos viven aquí en

la inseguridad, porque todos viven aquí en el vasallaje?

—Tienes razón.

—¡Posada! dices.

—¡Amo tanto esta cuna de mi nacimiento y esta escuela de mi crianza!

—Ya lo sé.

—Viviría tan feliz en mi oficio hasta el fin de mi vida.

—Por supuesto.

—No quiero más que mi casa y mi novia en el seno de la tranquilidad completa.

—Y no es poco querer.

—¿Que le va, Melchor, á ese cuitado en nuestra desgracia?

—No seas tonto.

—¿Qué le va?

—Lo que le va, infeliz, al lobo en la desgracia del cordero; lo que le va, en la desgracia de la tórtola inocente, al milano voraz.

—Pero, tú crees...

—¿Todavía dudas?

—Somos así.

—Justo, como Dios nos hizo.

—Tú hablas mucho y te desahogas.

—Y tú ni hablas ni obras.

—Yo me resuelvo tarde; pero de veras.

—Tal creo.

—De veras—dijo,—y sus ojos ardieron y sus dientes rechinaron. Una crispación verdaderamente nerviosa encogió su cuerpo, á la manera del encogimiento de los tigres al dar el salto sobre su presa.

—Así me gustas. Ahora se revela hasta en su fondo toda tu naturaleza. La vocación habla, llama en tu oído, y el fin para que fuiste creado te atrae, con atracción soberana.

—Si yo me resuelvo á combatir, ya verán esos opresores cuánto pueden estos oprimidos á quienes desprecian.

—Así, así. ¡Posada, dices! Se la lleva el señor á su fortaleza, como el águila puede llevarse un palo á su nido.

—Es verdad.

—¡Trabajo! Sudas, para que la corvea lleve todo el sudor que cae aquí en los hondos surcos á las almenas del castillo. Mientras el señor feudal vive para divertirse, ¡oh! vive para pechar el pobre y desgraciado siervo.

—Es verdad.

—¡Hasta la familia!

—No me hables de eso.

—Hasta la mujer que amas; hasta la pura

doncella que no te has atrevido á profanar, ni con un solo beso, guardándola para casta madre de tus hijos; hasta ese verdadero sér divino ha de pasar á su lecho, como manceba de una noche. . . . .

—No me digas eso.

Y Santiago cogió el hacha con furor y amenazó al lado del horizonte, donde se alzaba el castillo, con ademán enérgico, en el cual, vivamente latía, como en el pulso la sangre, una encendida pasión.

—Te veo ya en tí.

—¡Melchor!—dijo Santiago,—bajando la voz y adormeciendo el acento.

—¡Santiago!—dijo Melchor,—abrazando á su camarada.

—¿Qué te ha dicho?

—Pues, muy sencillo.

—¿Qué?

—Pues, me ha dicho, que al pasar por casa de tu futuro suegro había visto á tu novia, y pensaba ejercer en ésta sus derechos feudales.

—Y tú, no le has dicho, que antes se caerá el cielo y se hundirá la tierra.

—Pues, no he de habérselo dicho. Le he, con temeridad, hablado de tus malas pulgas. Le he observado cuán malos andaban los

tiempos corrientes para irse á una familia de labriegos honrados con esos libros de antigua caballería. Héle puesto, ante los ojos, las venganzas que han tomado padres ofendidos por esos malos usajes y la que podrias tomar tú, novio enamorado y valiente. Pero ha, con verdadera indiferencia punible alzándose de hombros, y dichome, que por encima de todo el mundo satisfacía él sus torpes apetitos.

—De suerte, que quiere guerra.

—La quiere.

—Pues, la tendrá.

—Pues, ¿no han opuesto, hace veinte años apenas, con gran pujanza, nuestros hermanos en servidumbre, como un signo de guerra, el zapatón de los trabajadores, á la bota de los caballeros?

—Justo.

—Y hace diez siete años, ¿no corrieron al combate los campesinos de Bruchival?

—Ciertamente.

—Y ocho años más tarde, ¿no se coligaron los viñadores de Remsthal, contra los impuestos del duque de Witemberg?

—Sí, sí.

—No basta con haber libertado nuestra conciencia de la superstición, se necesita li-

bertar á su vez la tierra del diezmo señorial y los brazos de la infame corvea.

—Verdad, verdad.

—En toda Sajonia, y especialmente allá en la de arriba, nuestros hermanos encuentran el amparo de los libres suizos. Yo he visto las banderas con el sol áureo en su centro y alrededor una leyenda, que dice: «Quien desee ser libre, venga de suyo al resplandor de este sol esplendente.» Los vasallos del conde Sumpfen, ¡oh! dicen á voz en grito cuanto debiéramos decir nosotros, vasallos de otro conde más tirano, que no quieren pagar corveas.

—Y dicen bien.

—Ausburgo está sublevado porque la tiranía eclesiástica no le consiente predicadores evangélicos.

—Y hace bien.

—Los campesinos de Gunthal han aumentado en siete artículos más los doce del Cánón de quejas terribles formuladas por los campesinos de Suabia.

—Sí, arde por todas partes el fuego.

—Sí, arde con resuello atronador, desde la cumbre de los Alpes hasta las tierras de los húngaros. Se da una mano con los suizos y

otra mano con los croatas. Corre desde la semi-helvética Alsacia hasta la semi-oriental Bohemia.

—Cierto.

—¿Y nosotros vamos á consentir que nos oprima el señor de Helfelstein á su antojo?

—No, no.

—Pues, Santiaguillo, sígueme y vamos á la revolución.

—No habrá más remedio.

—Puesto que no hay más remedio, muestra tú, ahora, la energía salvaje de una resolución verdadera.

—Recapacita un poco.

—¿Ya volvemos á las andadas?

—Apercibido para el amor, cuéstate un trabajo enorme inclinarme al odio.

—¡Nuevas lentitudes!

—Yo contaba con amar, no con aborrecer.

—De suerte, que no creerás á tu pobre amigo Melchor, hasta que no hayas visto á Catalina, llevada por fuerza y arrastrando, á la cama del soberano.

—Pues, yo, sin Catalina, te lo aseguro, no voy á la guerra.

—¡Oh! Para la guerra, me confesarás que no has menester tanto de tener al lado una Catalina, como una espada.

—Y tú me confesarás, que irse ahora, en este momento, á morir ó matar, es cosa dura. Déjame, pues, tentar la postrer caricia si quieres, á la paz. Déjame agarrarme á la postrer esperanza. Déjame irme á casa de Catalina y proponerle á su padre un rápido casamiento, para traerla pronto á esta casa, necesitada urgentemente de una mujer.

—¡Ay! ¡Ay!

—Cuando sea mia, yo la llevaré lejos, muy lejos de las asechanzas del conde.

—A buena hora, mangas verdes.

—La flor se abre al tibio soplo del aire primaveral y la imaginación también. Crecen los riachuelos y crecen los deseos. La savia late con fuerza en las yemas y late la sangre con fuerza en las sienas. Canta el ruiseñor allí en la rama florida y cantan los labios involuntariamente aquí en nuestro cuerpo exaltado. Yo deseo amar y ser amado. Yo aspiro á encontrarme ahora en brazos de una dicha no soñada. Yo quiero unirme para toda la vida, sí, á la mujer que con todo el corazón he amado. Si he de ir á la

guerra vendrá conmigo, y si he de morir yo, morirá ella también á mi lado.

—Santiago, ten un poco de seso.

—No oigo nada, ni escucho á nadie.

Y Santiaguillo salió, como escapado, hacia casa de Catalina.

## CAPÍTULO VII.

### LA PRECAUCIÓN.

Santiaguillo salió, como decimos familiarmente, de verdadera estampía, en busca y demanda de su novia. El prado estaba fresco y húmedo, el aire vívido y tibio, el bosque verde y alegre, las aves canoras y volanderas, mientras su corazón despedazado y herido. La fantasía pintábale con viveza la hermosa Catalina en brazos del terrible conde, y á este cuadro estremeciase con tal mezcla de horror y de furia que parecía un verdadero poseído. Corrió y corrió tanto en los primeros trayectos del camino, que moderó pronto la carrera, y anduvo despacio para llegar mejor al deseado término. En ruta encontró un lisiado, á quien esperaba larguísima caminata, según se veía por su aspec-